

VIAJANDO®

con: 

La Revista para planificar sus viajes

ESPECIAS, AROMAS Y SABORES
compañeros inseparables de los viajes



VIAJEROS | Pamela Fidalgo y sus sabrosas tentaciones
IDEAS | Cuenca, los rincones que esconde Ecuador
VIAJES Y FUGAS | Santorín, antes muerta que sencilla

EJEMPLAR DE OBSEQUIO · N°63 · MARZO / ABRIL 2014 · SANTIAGO DE CHILE · VISITENOS EN WWW.VIAJANDO.CL

SANTORÍN

ANTES MUERTA QUE SENCILLA

Llena de laberintos entre casas blancas y cúpulas azules, de lujosos hoteles y puestas de sol insuperables, la isla griega de Santorín es uno de los lugares más admirables y caros de Europa. Hace poco abrió al turismo una ciudad-museo de 3.600 años, Acrotiri, que permite ver el admirable progreso que alcanzó el hombre de la Edad del Bronce. Es la Pompeya de las islas griegas. *Por Luis Alberto Ganderats, desde Santorín.*



Es elegante, pero también algo diabólica, aunque se vista con los colores de la virgen de Lourdes. Muchos sienten que debe ser temida. Por eso le pido permiso para contar cómo la vemos en este momento. Es como estar en lo más alto de las graderías de la Quinta Vergara en día de Festival. Todas las miradas se dirigen al mismo lugar, un espacio lleno de luces, deslumbrante, pero en el camino los ojos se van encontrando con mil expresiones de vida que hacen del conjunto un espectáculo muy superior al que se ofrece en el escenario. Esta isla griega, descuartizada hace miles de años por una erupción descomunal, quedó con graderías naturales desde donde estamos presenciando el espectáculo mayor de la naturaleza: la puesta de sol en Oia.

En primer plano, como a través de una fina gasa dorada, vemos cientos de cúpulas celestes, livianos campanarios, casitas y molinos blancos suspendidos sobre el precipicio; y en

el agua, a lo lejos, se asoma un trozo de tierra oscura desde donde el volcán echa todavía vapores de neblina que distorsionan los rayos solares como una lupa gigante. Su magma, a 1.000 metros de profundidad, recuerda a todos que somos hombres (listos para huir o sucumbir). Y también para emocionarnos.

El día del cataclismo, más de 80 km² de tierra se hundieron dejando esta especie de lago volcánico rodeado de islas e islotes. Desde hace 3.600 años el misterio se encuentra sumergido. En nuestra visita anterior dijimos que al pisar la isla nos habíamos acordado –sin esfuerzo– de un brevísimo cuento de Aldrich: “Una mujer está sentada sola en una casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto. Golpean la puerta...”.

Claro. Es la misma y doble capacidad para sobrecoger y a la vez para sugerir una esperanza. Santorín o Santorini tampoco parece más grande que ese relato. Apenas

unos trozos de tierra, aunque igualmente inquietantes y hermosos. Al ver Santorín desde lejos, al desembarcar y al revisar su historia se descubre la semejanza, se siente la misma agitación del alma. Pocas erupciones como la que le dio forma se registran en la historia antigua. Por la ceniza, hace más de 3.600 años, casi toda Europa sufrió conmociones y la isla, que era más o menos redonda, quedó partida en varios trozos, como una sandía caída desde la altura.

MÁS QUE EL PARTENON Y CNOSOS.

Muchas cicatrices del desgarro siguen a la vista. Sobresale la enorme caldera, el cono del volcán lleno de mar. A los dos trozos mayores que quedaron de la isla original le han nacido varios pueblos blanquísimos. La isla principal fue bautizada por los dorios: Tera, del cual nació el nombre Teresa. Tiene varios pueblos blancos en la cumbre,



ATARDECER EN SANTORÍN.

“ EL AZUL ES USADO PARA ANULAR EL MAL DE OJO. MUCHOS GRIEGOS LLEVAN UNA BOLITA DE ESE COLOR JUNTO A LA CRUZ QUE LES CUELGA DEL CUELLO.”

y muchas casas que cuelgan sobre el abismo. Esos pueblos parecen guaneras sobre una gran roca. Al frente vemos Terasia, muy parecida, más pequeña, cuyos pueblos están generalmente semivacíos por temor a los temblores. Otras cuatro islas permanecen deshabitadas. El conjunto se llama Santorín, pero la isla mayor se ha ido apoderando de su nombre, que tiene origen veneciano: Santa Irene, St. Irini. Sólo unos pocos le dicen Tera (Thira, Thera...).

La imagen de Grecia más multiplicada en el mundo –incluso más que la del Partenón– es la que vemos desde aquí, durante la puesta de sol. Tal vez porque se trata de la suma de lo que es la historia del mundo antiguo en esta parte del globo: ha sido veneciana y bizantina, ateniense y dórica, egipcia y turca, cruzada y hasta vagamente hispana. Es ortodoxa, pero conserva barrios católicos romanos.

Miles vienen a casarse, a celebrar sus bodas de plata, a vivir su luna de miel. Por eso, a media tarde hemos trotado con nuestras cámaras por el pueblo de Oia siguiendo a una regocijada pareja de novios vestidos para la ocasión. Delante de ellos caminaban dos músicos tocando una serenata en violín y khitara, y los jóvenes padrinos tomando fotografías o grabando con sus iPhones. Alguna vecina romántica hacía volar puñados de arroz sobre los celebrantes. Nosotros terminamos el día invitados al cóctel... Premio al entusiasmo.

Oia es de las más bellas ciudades de Europa. Luce como una escultura interminable por su multitud de casas blanqueadas con cal, sus domos azules, sus buganvillas rojas, naranjas, violetas. Los novios se detienen frente a una capilla para escuchar a un hermoso coro de niños con tonos nasales, mientras los músicos guardan silencio, porque en este rito todo instrumento es profano.

Hay más de 350 capillas ortodoxas e iglesias en Santorín para menos de 15 mil habitantes. Cada marino sobreviviente, o simplemente enriquecido, deja su testimonio de agradecimiento construyendo estas cúpulas ocre o azul rey. El azul es usado para anular el mal de ojo. Muchos griegos llevan una bolita de ese color junto a la cruz que les cuelga del cuello, nos cuenta Erna, una muchacha franco-griega que participa de la fiesta y lleva esa bolita azul al cuello.

ATLANTIDA, CIUDAD IMPROBABLE.

Tal vez, si prolongamos la teoría, podríamos pensar que algo tan inexplicable pudo impedir hace 3.600 años que la erupción devastadora no dejara muertos en Santorin. Hace sólo medio siglo, el arqueólogo Spyridion Marinatos comenzó a excavar en las capas de ceniza depositadas por la erupción. Las capas alcanzan hasta los 60 m. de espesor y por tener piedra pómez, que es impermeable, protegieron la ciudad como en Pompeya. Es Acrotiri, ciudad minoica de la isla, 1.000 años más antigua que el Partenón de Atenas, donde el arqueólogo encontró la punta de la madeja. Pertenece a la Edad de Bronce, época de la que quedan pocos lugares tan bien conservados en el mundo. Desde hace menos de dos años, el sitio se abrió al público con todas las protecciones que merece. Se encuentran techadas más de 13 ha. Es un tesoro griego sólo comparable al Partenón y al Palacio de Cnosos. Conserva edificios de tres plantas, miles de jarrones intactos, muchos frescos de gran factura –como El Pescador, La Flotilla, imágenes de antílopes, papiros, lirios–, y hasta pequeñas esculturas en oro. Entrega una visión bastante sorprendente de lo que era la refinada vida en el Egeo hace 36 siglos. Aquí vemos cómo recogían el agua, cultivaban flores, cuidaban animales; vemos escenas ceremoniales, juegos y boxeo; hay imágenes de pesca y caza, ritos de iniciación



| UNA DE LAS 350 CAPILLAS.



| LOS NOVIOS RECORREN OIA.



| ALEGRES PERSONAJES DE SANTORÍN.



| FIRÁ, LA CAPITAL, DESDE UNA VISTA GENERAL.

y entrega de ofrendas a sus divinidades. Toda la vida del hombre de entonces. Pero lo que nunca encontró el arqueólogo fueron... restos de seres humanos. ¿Alcanzaron a huir? Presumiblemente, sí. Ruidos subterráneos y movimientos de tierra pudieron alertar a la población. Es lo que se piensa. Alguien dice –sin pruebas– que un tsunami pudo arrastrar al mar a los vivos y a los muertos.

Los turistas de cruceros, que cada día llegan en mayor número a Santorín, disfrutan de esta sobrecogedora visita a sus hermanos de la Edad de Bronce y luego se entusiasman navegando en torno a la caldera del volcán. Son las rutas preferidas. Muchos llegan tentados con los cantos de sirena de la Atlántida, ese estado belicoso que “en un solo día y una noche terribles” sucumbió por un terremoto y un diluvio. Es el mito de Platón, que la mayoría de los investigadores niega o al menos vacila en la respuesta. Muchos teóricos apresurados –o ventajeros guías de turismo– afirman que aquí estuvo.

No hace mucho se celebró en Santorín el tercer seminario sobre la Atlántida, el cual no hizo más que revivir para el turismo esa ciudad improbable, regalona del Romanticismo. Quienes vivimos con los pies en la tierra, podemos agregarle a este rincón de Grecia las caminatas sin rumbo por las ciudades de Oia y Fira, experiencias estéticas difíciles de tener en otros lugares del mundo, y más difíciles aún si le suman las doradas puestas de sol.

OIA, PREMIO A LA PACIENCIA.

Santorín se ha llenado de hoteles lujosísimos, incluso en las antiguas viviendas de las clases pobres, especialmente de pescadores, verdaderas cuevas excavadas en la piedra, con sólo una puerta y una ventana mirando hacia la caldera del miedo, pintadas con cal y rematadas en techos con forma de bóveda.

El Ritz de Santorín es, sin duda, la serie de cuevas lujosísimas del Hotel The Tsitouras Collection. Cuelga del acantilado de Firostini, en Firá. Es como si multimillonarios Picapiedras hubiesen hecho de su espacio un palacio. Tiene obras de arte, camas de caoba y piscinas de refinamiento desvergonzado. Esta propiedad del famoso anticuario Tsitouras ha recibido como huéspedes a Moschimo, a Hugh Grant y al inefable Jean Paul Gaultier, ahora diseñador de Hermès. Tsitouras también nos invitó –¡perdón!– en nuestra anterior visita, cuando él se iniciaba en la hotelería, y recorrimos Santorín con Mario Fuenzávida Kesler, el fundador de la agencia de viajes chilena Cocha, en una escapada doblemente memorable. Ahora vemos que el Tsitouras Collection luce más elegante y grande, pero le han surgido competidores amenazantes: Perivolos, Katikies, Oia, Kastelelli y otros hoteles estrellados, algunos entre playas pedregosas de casas blancas y arena negra, junto a los apartados pueblos de Kamari y Perissa. Sobre todo la de Kamari es una playa bonita y huele a Chanel y a Hugo





| UNO DE LOS PAISAJES TÍPICOS DE SANTORÍN.

Boss, recordable sólo por su aglomeración de gente lujosa. A nadie invitaríamos a Santorín por sus playas.

Pero le diríamos con entusiasmo que venga a Oia, que se aloje o tome un café en las antiguas casas de pescadores excavadas en la roca, o en los cafenión, aristocráticos y esenciales, que se aferran con dientes y muelas a las paredes del acantilado, desde donde todos quieren ver cómo el mar se traga el sol.

¡Ojo! El ingreso por mar a Santorín pide paciencia y un poco de emoción forzada. No es posible echar anclas, porque la rada tiene 400 m. de profundidad. Los barcos deben permanecer lejos de tierra. Son botes los que llevan a los pasajeros hasta Santorín, quienes deben escoger cómo llegar a la cumbre del acantilado volcánico. Pueden subir por una escalera zigzagueante de casi 600 escalones, o bien montar en un burro que se mueve más que sus casas en días de terremoto o usar un funicular transparente, al que algunos no trepan muy confiados. Todos hacen el esfuerzo porque saben que arriba les esperan dos pequeñas ciudades cautivadores como pocas en el mundo: Fira y, especialmente, Oia, que es el premio a la paciencia.

EXITO DE LA NO-VERGÜENZA.

Como es una isla pequeña, todo está cerca. Para ir desde Fira, la capital, a su famoso barrio de Firostefani, basta caminar unas cuerdas por un bucólico camino semipeatonal,

entre blancas viviendas equilibrándose al borde del acantilado. El camino a Oia se hace en 15 a 20 minutos. Es el más bello y sosegado de los pueblos que hemos visto en Grecia, a pesar de la invasión transitoria de los cruceros. Los burros con coloridas almohadillas pasan junto a joyerías tan finas como las de Atenas, y en sus restaurantes se ofrecen menús para buenos paladares, especialmente pescados y vinos. También es fácil llegar al otro extremo de la isla principal. Ahí se encuentran las mejores playas, y es obligatorio visitar Acrotiri, infinitamente más antigua que Pompeya y contemporánea de los palacios de Cnosos.

El turismo abruma a ratos, pero su auge ha contribuido a hacer más atractiva a Oia. Desde los 60 se notó el interés de los extranjeros y las viejas casas de campo fueron vendidas, reparadas, ampliadas, puestas al día. Nadie, sin embargo, tuvo la mala idea de traicionar la historia y la imagen de Santorín. Nadie sintió vergüenza o desprecio por la arquitectura de sus abuelos, como ocurriría con los griegos en otras épocas. La gran arquitectura clásica helénica —la cual fue por siglos un modelo, y lo es hasta hoy— pasó durante siglos olvidada en la propia Grecia. Los templos y palacios en ese estilo se libraron de ser destruidos sólo porque la gente los creía embrujados o sagrados. Cuando otros europeos llegaron a Grecia para estudiar esos edificios en ruinas, eran mirados con

sospecha o una sonrisa burlona. Los invasores turcos, a veces observaban —sin entender— el obsesivo interés de los arqueólogos extranjeros por una columna clásica. Más de una vez terminaron destruyendo esa columna a cañonazos, para descubrir —más intrigados aún— que ¿no había tesoro oculto! Nadie era capaz de ver la riqueza de sus formas.

Extranjeros fueron responsables de los primeros edificios de la Grecia moderna construidos con los cánones antiguos. Por eso, resulta admirable que Santorín haya protegido lo propio, aunque se trata de una arquitectura simple. Algunas son cuevas excavadas en la roca, con sólo una puerta y una ventana mirando al mar. No pueden ganar altura, sólo ganan profundidad en la roca volcánica. Las estrechas calles pasan a menudo por el “techo” de estas casas-cuevas, y ese enmarañado conjunto, hoy muy bien restaurado y pintado, da origen a una belleza urbana nada común. Los cables eléctricos están enterrados y como el acceso es muy difícil, los temibles promotores inmobiliarios apenas si han llegado. Algunas construcciones de hormigón se apoderaron —desgraciadamente— de los alrededores del aeropuerto, pero lo que abunda en la isla no es esa construcción que desfigura, sino los hoteles con charme, casas troglodíticas para acoger a millonarios en esa telaraña de laberintos urbanos. Por eso, Oia parece hoy la ciudad más cara de Grecia. Podría cantar: ¡Antes muerta que sencilla! ♣